

Entre libros y comentarios



*Piglia y la literatura como complot**

La obra de Ricardo Piglia siempre ha generado reacciones dispares. Con la aparición de *La ciudad ausente*, en los años noventa, el comentario frecuente en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras en Buenos Aires era “Sí, sí, Piglia, como escritor es un buen crítico”. Unos años después, él sería profesor de esa universidad y los mismos alumnos que antes se quejaban de su estilo híbrido entre crítica y ficción, ahora se morían por cursar su seminario llamado “El laboratorio del escritor”.

Lamentablemente, este acercamiento ingenuo a la obra de Piglia también prosperó en el trabajo de ciertos críticos y columnistas culturales que, ansiosos por hallar ejemplos nacionales del postmodernismo, se apresuraron a etiquetarlo en una serie de categorías de moda. En sus peores versiones, esta crítica leyó la obra de

Piglia como a-histórica, es decir, volcada al juego con la fragmentación que, en el decir de esta crítica, erosiona definitivamente el referente dejando al lector sólo frente a la angustia de un texto que se expande sin posibilidad de cierre significativo.

Las clasificaciones, se sabe, son siempre tranquilizadoras, sobre todo para el mundo académico. Parece que los críticos argentinos necesitaban una etiqueta que terminara con las preguntas ingenuas que seguían haciéndose: “*Qué recorte hacer con Piglia, qué leer para pensar al crítico, qué leer para pensar al novelista*”.¹ Como se ve, era urgente que alguien encontrara una categoría que le devolviera la vida a este escritor, escindido en esas dos mitades en permanente disputa. La

* *Reescribiendo la Nación. La narrativa de Ricardo Piglia* de Sandra Garabano, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Serie Crítica, 2004.

¹ Son las preguntas que se hace Diego Poggiere en *El peso de una verdad otra (o cómo diseñar el monumento de uno mismo)* artículo publicado en: Giordano, Alberto et al., *Las operaciones de la crítica*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1998.

etiqueta no tardaría en llegar, de manos de Nicolás Rosa, que dio por zanjada la cuestión dictaminando que la obra de Ricardo Piglia pertenecía claramente al campo de la ciencia, es decir, genéricamente se trata de textos críticos, sólo que, según Rosa, *"Piglia inaugura, junto con Héctor Libertella, la ficción crítica, rama de la así llamada "ciencia ficción".*²

Afortunadamente, la obra de Piglia resiste cualquiera de estas reducciones y más bien, las impugna y las expulsa en cada uno de sus juegos textuales. Aceptando este desafío, *Reescribiendo la Nación* se encarga de hacer caer uno por uno los endeble argumentos de esta tradición crítica, apresurada por las modas y espantada por la complejidad de su objeto de estudio.

En efecto, el punto de partida del análisis de Sandra Garabano son, justamente, estas falsas categorías que proyectan una sombra excesiva sobre los objetos a describir. De este modo se interroga por la pertinencia de un concepto como el de postmodernidad para quienes estudian la cultura latinoamericana y además, advierte que la oposición crítica/ficción no sólo es ingenua sino peor aún, inútil, para abordar una obra que, lejos de ser un texto clausurado, es un texto en permanente diálogo con toda la tradición literaria argentina.

El desafío no es menor. ¿Cómo leer un texto que se construye como diálogo y no como una cosa hecha defini-

tivamente, cerrada, clausurada? Está claro que la obra de Piglia exige mucho del lector y del crítico. No porque sus textos sean internamente complejos sino porque el autor ha borrado deliberadamente su propia voz como garante del sentido.

No se trata de que entendamos un hecho teórico propuesto por la crítica francesa, esto es "la muerte del autor", sino entenderlo en este caso, como un hecho concreto de producción de sentido presente en la superficie de los textos analizados.

Así, lejos de caer en las trampas de la teoría, Sandra Garabano enfrenta en su trabajo una doble paradoja. Por un lado: leer la obra de un autor sin autor, leer la obra de un autor que escatima prescripciones, que deja al lector sumergido en la deriva y el placer del intertexto. Por el otro, una segunda paradoja: leer en una obra que la crítica ha calificado de ahistórica o artificial, la secuencia o la re-escritura de la historia argentina.

El análisis que hace en *Reescribiendo la Nación* resuelve estas dos paradojas a través de una lectura minuciosa y exhaustiva de la obra del escritor y, si es esto posible, de los intertextos que completan el juego de significados de la misma. Así, en lugar de postular que la utilización de diversos discursos y lenguajes significa el fin de la historia, ella sostiene que *"Piglia en sus novelas, no declara la muerte de la historia, sino que reescribe la historia de la literatura argentina y cuestiona la idea de representación para borrar la pátina de neutralidad sobre la que está construido el pasado"*.

Por otra parte, en lugar de debatir inútilmente si esta crisis del concepto de representación significa una a-re-

² Rosa, Nicolás, "Veinte años después o 'la novela familiar' de la crítica literaria", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núm. 517-519, julio-septiembre, 1993, p. 182.

ferencialidad nihilista, una apuesta al artificio puro, Garabano corre el eje de la discusión y entiende que Piglia está más allá de ese debate, puesto que a él “no le interesa preguntarse por el significado” sino que le importa “indagar sobre el funcionamiento de los textos literarios”.

Lejos de ser una mera distinción conceptual, éste demostrará ser un planteo fundamental para entender la obra del escritor, pues, iluminada por esta idea del texto literario como algo programático y performativo, la obra de Piglia emerge con nitidez como una obra absolutamente contestataria, obsesionada con la ética y la verdad.

Una obra preocupada por la idea de la identidad de los argentinos y absolutamente comprometida con la tarea de contar la historia o las historias en las que el lenguaje traduzca efectivamente esta experiencia cotidiana de la identidad. A partir del análisis de Garabano queda claro, por ejemplo, por qué Piglia reivindica a Roberto Arlt. Piglia elige a Roberto Arlt, porque Arlt es el escritor de los márgenes, un escritor de los márgenes lingüísticos y culturales y es esa histo-

ria de los márgenes la que Piglia está contándonos permanentemente en sus juegos metaficcionales.

Puede decirse que *Reescribiendo la Nación* excede de algún modo, su propio objeto de estudio y se proyecta como un libro básico para cuestionar la definición misma de lo que es la literatura para nuestras sociedades. En efecto, no solo esclarece la obra de Piglia sino que a partir de la misma arroja luz sobre las operaciones de resistencia y la construcción de mundos posibles que constituyen el verdadero poder del texto literario.

De este análisis la literatura emerge, esta vez, no como plan de evasión o entretenimiento, sino como algo que carece intrínsecamente de significado y, por eso mismo, es susceptible de adoptar cualquiera. La apuesta, por supuesto, tiene sus riesgos: se trata de la literatura como arma, como complot y, en este sentido, hermanada con la política y la guerra, donde, ya se sabe (y por más que les pese a muchos) cualquier cosa vale.

Betina González